

otra, juzgando que totalmente no entendia lo que le trataba, y que de ninguna manera respondia á propósito, y, debiendo salir edificado, salió enfadado, y dentro de casa dijo á algunas personas: «No conozco á este religioso, no es este el D. Alonso Guerrero que yo conocí, muy otro se ha hecho de lo que solia ser.» Pero entre los seglares, y alguna vez en presencia de algunos deudos del mismo Padre, no le calificaba tan modestamente, ántes decia: «Va de este Alonso Guerrero al D. Alonso Guerrero que yo conocí, lo que va de un hombre muy discreto á una bestia.»

Fué tan conjunto á esta soledad y despego de todas las cosas criadas el amor que el P. Alonso Guerrero tuvo á la santa pobreza y las muestras que dió de él, que no será fácil determinar si el amor de esta pobreza nació de este despego, ó este despego del amor de la santa pobreza, la cual profesó al mismo paso que en el mundo, por sus muchas riquezas y abundancia profesaba la liberalidad y magnificencia en el trato de su persona y en los oficios que hacia con sus amigos.

Muy pobre ha de ser cualquier otro religioso, de quien se pueda decir que se pareció en la pobreza al P. Alonso Guerrero, porque lo fué tanto, tan desasido de todas las cosas, tan sin comodidades, tan ajeno de todo aquello que podia tener apariencia de superfluidad y regalo, que jamas admitió uno, ni ninguno de los que comunmente se suelen admitir, con nombre de remedio necesario; pues, aunque padecia muchos y muy continuos achaques, y muy penosas enfermedades, jamas tuvo cosa particular ni regalo que saliese de los límites de seguir la Comunidad.

Todos los de aquel colegio son testigos de esto; pero más apretados lo son los oficiales, de cuyas oficinas habia de sacar, ó con cuya noticia habia de tener cualquier cosa particular. Es cierto que todos sumamente edificados atestiguaron que no se vió en él en algun tiempo cosa que tuviese especie ó apariencia de particularidad. Pero con todo eso, hay otros dos géneros de testigos aún más apretados que estos. Los primeros son los Hermanos estudiantes, que fueron sus compañeros de aposento, y por orden de los Superiores acudian á cuidar de él. Enfermo estaba en la cama, y visitado del médico; y al Hermano que acudia á su aposento le dió el Superior unos marquesotes ó vizcochos, para que los guardase y se los fuese dando. Alcanzó á saber el siervo de Dios que estaban en su aposento, y no hubo remedio de consentirlo; ántes le dijo que, pues el Superior lo mandaba, los guardase donde quisiese, y cada noche le trujese uno de limosna.

Otra vez le llevó el Hermano ropero un jubon, porque supo que tenia necesidad de él, y el P. Alonso llevó el que se habia quitado á la roperia tan roto, tan destrozado, tan hecho harapos y pedazos, que viniendo á noticia del

P. Rector, ordenó al ropero que, para ejemplo comun pusiese aquel jubon en un lugar público, para que se viese y notase de qué vestido usaba el P. Alonso Guerrero, y lo mismo se podia hacer de todas las cosas que mudaba.

Una vez, saliendo todos los de casa con manteos á la iglesia de S. Gregorio, se reparó en que el manteo que llevaba el P. Alonso Guerrero estaba tan viejo, y principalmente por la parte que caia á la espalda, tan remendado, que por ventura por los muchos remiendos que allí se habian multiplicado, sobresalia tanto aquella parte del manteo, que daba que reparar; y así fué ocasion de que el P. Rector, reparando en ello y sabiendo que el Padre no habia de pedir otro (y quizá no admitirle nuevo) ordenó al Hermano ropero le diese un manteo que, aunque habia servido á otro, estaba casi nuevo. El Padre lo admitió por obedecer, pero el que dejó estaba tal, que sucediendo poco despues que un hombre mendigo, que andaba en hábito de clérigo, vino á la portería á pedir un manteo de limosna, y el P. Rector, por haber visto cuán malo estaba el que se quitó el P. Alonso Guerrero, no se atrevió á decir absolutamente que se le diesen. Y, últimamente, jamas vieron en su aposento cosa sobrada, grande ni pequeña, ni se vió en él arca, ni escritorio, ni escribanía, ni otra cosa cerrada con llave ni sin ella, ántes cuanto en él habia estaba patente y manifiesto á todos.

El otro género de testigos son los Padres que en aquel colegio han hecho oficio de Ministros, y todos ellos convienen en que los parientes del P. Alonso tenian por costumbre enviarle algunas veces al año, principalmente por las Pascuas, algunos regalos, y otras veces ropa blanca; y el santo Padre sin ver lo que era, cosido y como lo traian lo remitía al Superior, para que lo repartiase entre los enfermos y necesitados, y la ropa blanca se llevaba á la roperia, sin que él preguntase jamas por ella ni supiese qué era lo que le habian traído. Y esto no era en poca cantidad, pues se sabe, que una tia suya dejó en su testamento manda particular y de importancia, para que se cumpliese cada año en hacer ropa blanca para el P. Alonso; y él se hubo en esta manda con la exaccion que en todo lo demás, remitiendo á los Superiores que viesen cómo querian se dispusiese de ella.

Uno de los Padres que fueron ministros afirma que, si alguna vez hacia que se le pusiese en la mesa algo de lo que le habian presentado, para que lo probase, en saliendo del refectorio, iba á él y con muchas veras afirmaba que él no habia menester nada de aquello, que se diese á los enfermos. Y cuando el Padre lo estaba, no sólo no admitía cosa extraordinaria, pero enviaba con su compañero muchos recaudos al P. Ministro, previniéndole y asegurándole que no habia menester nada; y, si alguna vez le era necesario pedir algo de la enfermería, iba él en persona por ello, y lo llevaba

á su aposento, sin consentir que el enfermero ni otro ninguno se lo llevase.

A este paso procedia en todas las demas cosas de que usaba, guardando suma pobreza áun en las que eran de devocion, pues las reliquias que traia consigo las traia envueltas en un papel sin otro relicario, y al cuello traia un Cristo, pendiente de un cordel tan tosco, que ningun hombre, por pobre que fuese, trujera cosa tan grosera.

Cuando hubo de hacer la profesion del cuarto voto, salió conforme manda la Compañía, á pedir limosna por las calles; y, con ser tan enemigo de Palacio, que fuera de esta vez y las que hemos referido, en que acudió llamado del virrey, no entró otra vez en Palacio en todo el tiempo que estuvo en la Compañía; esta vez, por gloriarse de pedir limosna como pobre delante de los que tienen por honra ser ricos, y por entrar en hábito de mendigo, donde tantas veces entró en traje de poderoso; esperó á tiempo en que el virrey sale á Audiencia, para entrarse en sus cuadras retiradas, donde suele ir acompañado de todo lo noble y lustroso de la ciudad, y aquel dia quiso Dios que hubiese mucho de esto, y el Padre con las alforjas con que se acostumbra salir á pedir limosna, se hizo en contradicho á todo este acompañamiento.

Como era tan conocido, luego comenzó á hacerse entre aquellos caballeros un ruido y murmullo, que como no se sabia la causa, extrañaba el hecho, y llegó hasta el mismo virrey, que preguntando qué era aquello, supo que el P. Alonso Guerrero, que en otro tiempo era tan rico, entónces iba á hacer ostentacion de su pobreza y á pedir limosna como mendigo, de que el mismo virrey y los demas caballeros de su acompañamiento quedaron tan edificados como admirados; y más cuando oyerón al Padre, que les dijo que, si otras veces se habia hallado en aquel acto haciendo vana ostentacion, aquel dia iba á mostrar el aprecio mayor que hacia de la santa pobreza, en que con tanto gusto suyo se hallaba. Y es sin duda que ninguna de las otras veces fué tan alabada su riqueza, como esta vez fué estimada su pobreza.

Uno de los efectos de su pobreza fué determinarse á carecer de todo lo que oliese á comodidad y regalo, y por esta causa se dedicó á decir todo el año la última Misa, y con mucha humildad y gracia solia decir que esta era su capellanía, y que la servia para que á título de ella le diesen de comer, y cumplió el servirla con tanta puntualidad y exaccion, que perseveró en ello hasta un dia ántes que muriese.

Y áun sucedió que, como ya era mucha su edad que pasaba de sesenta años, los achaques de estómago y la flaqueza extraordinaria con que se hallaba, le dieron ocasion para dudar si algunas veces tomara un poco de chocolate; y, aunque le decian que lo hiciese diciendo Misa temprano, nunca

lo quiso hacer: que es grande loa y suma mortificacion no haber probado este género todo el tiempo que estuvo en la Compañía.

Fomentó la duda en que se hallaba el verse obligado al estudio, á que por razon de su oficio y ocupacion de lector debia atender, y llegó la necesidad á tanto, que se determinó á consultar á uno de los Padres maestros de aquel colegio, el cual oyendo la duda y compadecido de sus achaques y falta de salud, fué de parecer que lo tomase cuando se hallase apretado de la necesidad, y que interrumpiese el teson que tenia en decir las últimas Misas.

Pensó este Padre que habia recabado algo con el santo varon con las razones que le dijo; pero dentro de uno ó dos dias volvió á él, significándole cuán corrido estaba de sí mismo, y pidiéndole perdon de haber consultado con él aquella necesidad que él llamaba fingida, afirmándole que se habia arrepentido mucho de aquel pensamiento y, proponiendo no admitirle otra vez, añadía: «Cuando yo era seglar, no me quise sujetar á este tributo, y ha sido gran cobardía mia admitir esta duda estando en la religion, donde entré con propósito de desasirme de cuanto tenia en el mundo; pues si ahora admito lo que allá no tenia, bien cumpliré mi propósito y bien medraré y pasaré adelante en el camino que comencé, si ahora admito los estorbos que entónces no tenia.»

Fué rara y continúa su obediencia, que habian menester los Superiores andar con mucha advertencia en lo que se le ordenaba, porque sabian que él no habia de repugnar á nada, y que aunque fuese muy á costa suya, se habia de atener á lo que sonasen las palabras. Ejemplo puede ser de esto que algunas veces que los Superiores ordenaban que en algunas ocasiones, como es la Semana Santa, por no haber entónces suficiente número de confesores en aquel colegio, se desocupasen los Padres lectores de otras ocupaciones para asistir en el confesonario, estas veces acontecia que, siendo ya muy tarde, y no habiendo quien se confesase, el P. Alonso Guerrero se estaba en el mismo lugar que le habia señalado el portero para que confesase. Y diciéndole que ya no habia confesiones, respondia que era gusto de los Superiores que por aquel tiempo se ahorrarse de otras ocupaciones, y que así no las osaba tener.

Y tambien en el tiempo que el Padre acudia á las quietes, acontecia algunas veces que, por haber venido tarde la Comunidad del campo, en algunos dias de asueto, y por venir cansados, no acudian á quiete á la noche, y el Padre como nunca iba á asueto, en acabando de cenar, aunque sabia que no habian de acudir los demas á aquel lugar, y que por esta causa no se habian en él encendido luces, se iba á la sala de la quiete, y estaba allí solo y á os-

curas, por entender que obligaba á esto la obediencia, hasta que tocaban á salir de quiete.

Otros muchos ejemplos se pudieran traer, de los cuales se engendró en todos tal concepto de su puntualidad en obedecer, que nadie se persuadía ser posible que el Padre faltase en alguna cosa de obediencia, por mínima que fuese. Hubo uno ó dos casos, que hay duda si se deben contar por actos de obediencia ó de cortesía; porque en esto segundo era tan extremado, que jamás se entendió de él que con grandes ni pequeños hubiese faltado á ella, ántes era tan puntual, que daba que reparar que un hombre tan despegado por una parte y tan solitario, y por otra tan advertido en esta materia, siempre estaba en los puntos de cortesía, de suerte que á todos prevenía con ella, y ninguno llegaba á su celda, á quien no recibiese con agrado, levantándose con el bonete en la mano á cualquiera que entrara, y usando de mucho comedimiento.

Pero aunque pudiéramos atribuir estos casos á su cortesía, parece cosa muy religiosa y de mayor alabanza suya atribuirlos á su obediencia. Notóse que cuando el P. Provincial estaba ausente en la visita, todas las veces que este insigne varón pasaba por delante de su aposento, se quitaba el bonete y hacía una reverencia, como si encontrase en la puerta al P. Provincial, concordando en esto con lo que muy ordinariamente solía decir, de que él nunca miraba en la persona del Superior sino á Dios nuestro Señor.

También se notó que, cuando encontraba á los PP. Ministros, siempre se paraba con el bonete en la mano esperando que pasasen, y como uno de los Padres que han hecho este oficio, reparando en esto, le dijese no usase con él de estos comedimientos y que pasase, respondió que él tenía obligación de hacer esto, y así le parecía cumplir con la regla que dice, que todos tengan á los Superiores gran reverencia y reconozcan en ellos á Dios nuestro Señor.

Siendo, como se ha visto, este admirable varón tan señalado en todas virtudes, no parece que se puede poner en duda que nuestro Señor le visitaría y regalaría con muchos y muy particulares favores en la oración, á que era tan singularmente aficionado: y es cierto que se pudieran tener muchos ejemplos de edificación, á no ser el Padre tan retirado y tan para sí, que nada de esto comunicaba ni trataba con nadie.

Esto se colige de algunos sucesos de que se tiene noticia por caminos extraordinarios, de los cuales sacamos que, si el Padre no tuviera tan sobrado cuidado de encubrir favores de nuestro Señor, supiéramos muchas dulzuras con que Su Majestad le regaló. Pero no fueron tan ocultas que no se descubriese alguna cosa, como fué lo que sucedió á un Hermano que ejercitó por muchos

años el oficio de enfermero, que por la caridad con que sirvió á nuestro Señor en esta ocupación y regalo de los enfermos, es agradable á todos su memoria y así lo será también el nombrarle.

Este fué el H. Alonso Cabello, que juntamente con ser enfermero hizo mucho tiempo oficio de despertador, y una mañana yendo á dar luz al Padre Alonso Guerrero, le halló en medio de su aposento extático y elevado en Dios, y alto del suelo, de suerte que todo el cuerpo tenía elevado en el aire, y llegándose cerca le habló y tocó, y se certificó del caso, y viendo que no le oía, cerró la puerta y prosiguió, dando luz á los demás. Pero como el caso le hizo tanta fuerza, le comunicó á algunas personas de casa sin nombrar al siervo de Dios, de que resultó el derramarse por toda ella que el despertador había hallado á un Padre elevado, cuando le iba á dar luz; y como entre los que lo supieron se platicaba de ello, hubo de llegar á noticia del P. Rector, que era entonces el P. Luis de Ahumada, el cual llamando al Hermano le preguntó lo que en esto había, añadiendo otros muchos sucesos en su confirmación. El P. Rector le preguntó las circunstancias particulares de este caso, y entendió que realmente estaba el Padre fuera de sus sentidos, y enagenado del uso de ellos, y, por particulares razones que entonces tendría, mandó al Hermano que no tratase de ello con nadie. Pero advirtiéndole que el Hermano se inclinaba mucho á contar esta y otras muchas cosas que había alcanzado de los favores que nuestro Señor le hacía á su siervo, juzgó ser necesario mandarle con precepto, que no tratase de ellos, y coligieron ser el arrobado el P. Alonso Guerrero.

De este retiro y despegó de todo, que tuvo este admirable varón, procedió también el ser extremado en la oración continua que tuvo, pues cuantos ratos podía daba á la oración, y cuantas palabras hablaba ó acciones hacía, oían á oración. Tenía hecha su división del tiempo con tan grande concierto, que no tenía cuarto de hora, que no estuviese dedicado á particular ocupación. Pero hora y media ántes de tocar á Letanía, tenía dedicada, á lo que parece, á este santo ejercicio de la oración, porque aquella hora estaba siempre sin luz, y, si alguna vez le iban á decir que por algún impedimento que se había ofrecido aquel día se dejaba de decir, respondía que se alegraba mucho, porque tendría más tiempo que dar á Dios, que era señal de que todo el tiempo que no caía debajo de la distribución que tenía hecha, le tenía dedicado para la oración.

Los tiempos que en el año hay de vacaciones ó de cualquier interrupción de lecciones, jamás salía á parte ninguna, y muchos tuvieron curiosidad de ver en qué se ocupaba, porque aunque se lo preguntaban, el Padre no respondía más de que á un religioso nunca le faltaba en que ocupar el tiempo

y así jamas pudieron entender otra cosa, sino que todo el tiempo que habia de leer ó estudiar las materias de su cátedra, lo comutaba en oracion.

Argumento fué que confirmará los particulares favores que tuvo de nuestro Señor lo que le aconteció con un Hermano que entónces era discípulo suyo en el curso de Artes, el cual llegó una vez á las tres de la tarde al aposento de su maestro á llamarle para un negocio forzoso y que no consentia dilacion; y, como habiéndole llamado algunas veces con el modo comun, no le respondiese, se vió obligado á dar mayores golpes, á los cuales tampoco le respondió. Fuéle á buscar á otras partes, preguntando por él á los que encontraba; mas, como el Padre nunca estaba fuera de su aposento, presumió que estaria en él, y volviendo otra vez, dió mucho mayores golpes, y como tampoco respondiese, se determinó de abrir la celda, y entónces vió que salia el Padre con el rostro tan encendido, que seriamente aseveró no poder colegir ni juzgar otra cosa, sino que estaba en oracion, tan entretenido con Dios, que ó no oyó los golpes ó no pudo desasirse de la suavidad y deleite en que se hallaba.

De este ejercicio de oracion le nacia el afecto á la mortificacion y penitencia, que era muy singular. Una vez se halló un cilicio suyo, que aunque era áspero, estaba tan lleno de animalitos, que suelen causar dolor con sus importunas picadas, que se juzgó era mayor el tormento que de esto se le podia seguir que del mismo cilicio.

De la oracion le nacia su perpétuo silencio, pues en tantos años jamas se vió que le quebrantase, buscando él, ni admitiendo á alguno para hablarle fuera de los tiempos señalados para la recreacion, cuando acudia á ella; ántes se le advirtió un perpétuo ejercicio de la presencia de Dios y resignacion en su divina voluntad, en que se ocupaba con tanto gusto, que muchas veces en los actos públicos estaba vocalmente hablando con Dios y respondiéndole, lo cual era tan comun, que ya no causaba novedad á los de casa, que en algunas ocasiones y lugares públicos le oian decir: «Sí, Señor, sí, Señor,» y repetir esto muchas veces, sabiendo que estaba en un perpétuo ejercicio de resignarse en la voluntad de Dios.

De la oracion tambien le nacia la compasion para con los enfermos, que con ser que jamas supo nuevas ni las quiso oír ni habia ninguno que se las osase contar, por el disgusto que recibia; apenas habia en casa algun enfermo que hiciese cama, cuando luego lo sabia y le iba á visitar, y para otra ninguna cosa tuvo licencia general sino es para visitar los enfermos, como se vió en un papel que se halló en su aposento despues de muerto, en que decia algunas cosas de las que habia tratado con sus Superiores, y en materia de licencias sólo decia que tenia licencia general para visitar los enfer-

mos; pero hacia esto con tan rara edificacion, que si bien los procuraba consolar, como lo manda la regla, jamas mezcló conversacion que no fuese muy religiosa. Y si alguna vez (porque tenían los Superiores razones que á esto les moviesen) se mandaba que no estuviesen con los enfermos más que dos, si los hallaba allí cuando iba, no entraba; y, si estando él allí, entraban, no era posible recabar con él que se detuviese.

No se puede atribuir á otra cosa que á su fervorosa oracion el deseo que tuvo de ocuparse en la conversion de las almas, el cual fué tan grande que en toda su vida no se sabe que pidiese ocupacion á los Superiores, si no fué cuando se ordenó de Sacerdote, que entónces se dedicó á las misiones que con tanto fruto tiene en aquella provincia la Compañía.

Fuera de la instancia grande que hizo para que esto se le concediese, fué señal de que lo pedia muy de corazon el no saberse tampoco que hubiese pedido á sus parientes ni á otra ninguna persona de fuera otra ninguna cosa más de la que en esta ocasion pidió á su hermano, que fué una mula razonable para el camino, por hallarse entónces algo impedido para este ejercicio; y su hermano la buscó y dijo á los Padres del colegio de Zacatecas, que se la habia enviado muy buena, para que fuese á las misiones con comodidad, porque, segun las veras con que lo habia escrito, tuvo por cierto haria este viaje.

Los Superiores no juzgaron eso, ántes le ocuparon en leer primero un curso de Filosofia y luego la Cátedra de Escritura; porque como estudió por obediencia y por complacer á nuestro Señor, junto con tener, como tenia, muy grande capacidad, con el favor del mismo Señor llegó á tener muy suficiente caudal de letras para poder cumplir, como cumplió muy bastantemente con estas ocupaciones. Y para la Escritura estudió muy de propósito la lengua griega y hebrea, y de esta segunda hizo un Arte, que se tiene por bastante para que el que la estudiare aprenda con facilidad esta tan difícil lengua.

Fué tambien muy dado al estudio de las Matemáticas, en las cuales, áun ántes de entrar en la Compañía, habia hecho no pequeños progresos que despues perfeccionó con el continuo estudio y leccion de libros de los autores más aventajados en estas ciencias. De la Astronomía principalmente alcanzó tanto, que uno de los mejores astrónomos de aquel reino le alababa con encarecimiento.

Sus sermones, fuera de ser notablemente espirituales y tan llenos de afectos, que movia á todos á devocion, eran muy bien estudiados; porque como catedrático de Escritura, se tenia por obligado á dar en esto buen ejemplo á los demas predicadores, y así decia en sus sermones, y mucho mejor en las

pláticas espirituales que hacia en casa á la Comunidad, cosas de mucho provecho y juntamente de mucho estudio.

Siendo este insigne varon Ministro del colegio de Tepotzotlan, predicó allí un sermon de una festividad que en nuestra iglesia se celebraba, á la cual se convidó al alcalde mayor de aquella provincia, que entónces era un caballero muy noble y conocido, y de los que habian concurrido con el Padre Alonso Guerrero á los regocijos públicos y fiestas que en la ciudad de Méjico se celebraban; y habiéndole oido su sermon muy atentamente, cuando acabó se volvió al P. Rector que entónces era de aquel colegio, y le dijo: «El P. Guerrero en todos los estados y ocupaciones que ha tenido, ha sido siempre perfecto. Cuando era seglar se preció de ser perfecto caballero, y llegó á serlo de suerte, que la comun aprobacion le confesó por tal. Cuando entró á ser religioso, veo que todos le aclaman y le veneran por religioso perfecto. Cuando en la religion fué estudiante, fué muy perfecto estudiante, y ahora en este sermon veo que es perfecto predicador, y me ha movido más que otro me pudiera mover, porque veo que platica con obras lo que dice con palabras.»

Este concepto de este caballero fué el que comunmente se tuvo del Padre, y es así verdad, que sirvió perfectísimamente y honró y acreditó á la Compañía en todos los puestos y ejercicios en que le ocupó. Y juntamente con esto y con ser patron de aquel colegio, obligó tambien á la Compañía en que se conoció siempre en él un deseo sumo de acomodar y promover las causas temporales de este colegio y áun de toda la Compañía.

De esto fué prueba que, cuando por muerte de su padre se hubieron de dividir entre los dos hermanos los bienes partibles que quedaron, ya que en lo que estaba vinculado no pudo arbitrar, mostró tanto la aficion que tenia á la Compañía, que á puerta cerrada renunció en ella todo cuanto le cupo, y esta fué tan grande cantidad que, si los Superiores, por razones muy cuerdas que entónces tuvieron, no hubieran condescendido con los intentos de su hermano, y venido á concierto con él, es sin duda que el colegio de Méjico levantara cabeza, y pagando las muchas deudas y censos que tiene, quedara con esta remuneracion que el P. Alonso hizo en él, no sólo desahogado, sino muy acomodado.

Y no obstante que tenia grande amor á su hermano y le estimaba con las veras que él merece, estuvo siempre pesaroso de que se hubiese hecho este concierto. Y cuando andaban las pláticas de hacerlo, rogó muchas veces á los Superiores que no viniesen en él, y alegó muchas razones en que mostraba cuánto más amor y afecto tenia á la Compañía que no á su propio hermano, siendo así que le estimaba y amaba ternísimamente, porque, demás

de ser hermano único, su buen modo de proceder tan honrado y discreto lo merecia.

A esta santa vida se siguió su dichosa muerte, en que quiso Dios premiar á su siervo y llevarle á descansar. Sintióse falto de salud seis ú ocho dias ántes de su muerte, en los cuales frecuentó tambien más que lo ordinario el aposento de su confesor; porque cada dia muchas veces le fué á pedir que encomendase á nuestro Señor un negocio que traia entre manos, y que lo hiciese con cuidado; porque no era negocio ajeno, sino propio suyo. Su confesor, que era el P. Bernardino de Llanos, como le vió tan solícito, á los que le visitaban como á enfermo, que lo estaba, les dijo con la gracia que solia: «Sin duda que el P. Guerrero se quiere morir, porque viene muchas veces á decirme que encomiende á Dios un negocio suyo, y él no tiene otro sino el de su salvacion.»

Anduvo con esta solicitud en este tiempo, hasta que dos dias ántes que muriese dijo al enfermero que se sentia muy falto de salud; y diciéndole así el P. Prefecto de la salud, como el Hermano enfermero que irian á avisar al médico, respondió: «Déjenme decir Misa, que me conviene decirla hoy, y despues Dios hará de mí lo que quisiere.»

Hallóle el médico con grande calentura y dolor de costado, de que el Padre era apasionado, y le habia tenido otras dos veces. El médico mostró haberle dado esta enfermedad particular cuidado, y ordenó que se tuviese mucho con el Padre; pero no por eso, ni por la trabajosa noche que pasó, dejó de decir Misa el dia siguiente, que fué un dia ántes que muriese.

El médico que le curaba y todos decian ser la enfermedad muy grave, y el venerable Padre, aunque tan afligido y que ya se comenzaba á publicar ser el achaque de muerte, no por eso interrumpió su ejercicio de oracion, aunque los dolores y congojas que padecia eran terribles. Pero fué cosa notable, que aquella tarde víspera de su muerte se le quitó el dolor de repente, de que el médico sintió muy mal, y el siervo de Dios tenia grandísimo deseo de que le diesen todos los Sacramentos.

Y así desde las cuatro de la tarde hizo más diligencias que las ordinarias en órden á que para este efecto le viesen los médicos; parece, segun deseaba esto, que tenia ciencia superior de que le quedaba poco de vida. En todo este tiempo se le oyeron repetir dos cosas muchas veces. La primera: *Domini sumus, Domini sumus*. La segunda: «Gracias á Dios que me muero sin que me duela pié ni mano.»

Visitóle el médico, y así porque la enfermedad le pareció muy peligrosa como por la instancia que el Padre hacia, dijo que le diesen luego el Santísimo Sacramento por modo de Viático. Lo cual oido que hubo el humilde Pa-